



Theodor Kallifatides  
*Madres e hijos*



A los sesenta y ocho años, Theodor Kallifatides, exiliado en Suecia desde hace más de cuatro décadas, visita a su madre de noventa y dos, que sigue residiendo en Atenas. Ambos saben que puede ser uno de sus últimos encuentros. Durante la semana que pasan juntos, recuerdan lo que ha sido lo más importante en sus vidas con una presencia decisiva del padre, de quien Theodor está leyendo el recuento escrito que este le ha dejado de lo que ha sido su difícil existencia, desde sus orígenes como exiliado griego en Turquía, pasando por sus meses en una prisión de los nazis y su pasión por el oficio de maestro. Se desvelan así los orígenes de una familia que atraviesa el siglo XX. Pero el libro es sobre todo un maravilloso homenaje al amor de una madre, a la que Kallifatides sabe encarnar en estas páginas de forma inolvidable, a la vez que logra transmitir una verdad universal sobre la importancia de esa figura en nuestras vidas.

# MADRES E HIJOS

Theodor Kallifatides

## Punto de partida

Cuando era niño pensaba que moriría antes que mi madre, de acuerdo con el principio aquel de que el árbol sobrevive a su fruto.

Con el tiempo entendí el orden lógico o por lo menos natural de las cosas, y entonces tuve otro problema: ¿acaso podía causarle a mi madre una tristeza tan grande como mi muerte?

Ese pensamiento me hizo ser prudente y cauteloso. Mis juegos nunca fueron especialmente osados; por lo general procuraba estar cerca de ella, algo que ella me recuerda con frecuencia, cuando la llamo por teléfono los sábados.

Ella vive en Atenas. Yo vivo en Estocolmo desde hace alrededor de cuarenta y tres años.

Esas llamadas telefónicas son un ritual entre nosotros. Lo mejor es hacerlas por la mañana, cuando ya se ha levantado de la cama y está sentada abrazando su café. Suele ponerse la taza en la barriga. Se bebe el café a sorbos pequeños pequeños por miedo a que pueda estar amargo. Tres cucharaditas de azúcar es lo mínimo.

—Hola, mamá, soy yo —digo cuando levanta el auricular. Si está de buen humor me responde con alguna rima. Si no está de buen humor, se pone de buen humor.

—¡Qué alegría oír a mi hijito, el pequeñito, el que vive en el extranjero y llama a su mamá, ahora anciana ya!

Alguien podría pensar que siempre canturrea la misma tonada, pero no es así. A sus noventa y dos años conserva

la capacidad de jugar con las palabras. Inmediatamente después, expresa su pesar.

—Tú, que no te separabas de mi falda, te fuiste tan lejos.

No es una recriminación, simplemente no lo entiende. Tampoco yo lo he entendido. Me fui de mi país, pero ¿qué quería dejar atrás?

No hablamos más de eso. Las cosas son como son. Mi madre lo sabe. Siempre lo supo. No está en su espinazo. Esto es su espinazo: el estoicismo heredado, el talento de permitir a las pequeñas alegrías paliar las grandes tristezas. La taza calentita de café que reposa sobre su barriga es un inmenso consuelo, y sobre todo si tiene cuatro cucharaditas de azúcar.

En pocas palabras, como ambos sabemos que las cosas son así, hablamos de otros temas.

Este año cumplí los sesenta y ocho, y mi madre los noventa y dos.

«No fui la causa principal de la Primera Guerra Mundial, pero nací el año en que comenzó», dice alguna vez con la distancia irónica que impide que sus sentimientos se apoderen de ella.

Los dos hemos envejecido y ha llegado el momento de hacer lo que siempre quise: escribir sobre ella.

No quería hacerlo mientras ella viviera. Pero ahora, creo, no tengo otra opción. La muerte se nos está acercando a ambos. La muerte de quién da los pasos más largos es algo que no puedo saber.

En otras palabras, estoy obligado a escribir sobre mi madre ahora, teniendo en cuenta que tal vez ella lo lea. Es probable que acabe siendo un texto distinto, otro. En este momento no sé qué clase de texto será.

Cuando murió mi padre, escribí un libro. Varios años después, cuando lo exhumamos, escribí otro.

Fue difícil, pero no tan difícil. Su libro ya había sido escrito, por decirlo de alguna manera.

Mi madre, en cambio, vive. ¡Y cómo vive!

Una vez más, estoy en los preparativos de un viaje a Atenas. En esta ocasión llevaré conmigo mi cuaderno de notas. He preparado algunas preguntas que tendré que hacerle. Esto me inquieta y no me gusta. No quiero utilizar a mi madre como material. El hijo que hay en mí quiere estar con ella como antes, sin ningún propósito. Que nos sentemos en el balcón, que oiga yo sus quejas sobre el Gobierno o sobre la carestía de la vida y que ella me «lea» la taza.

Pero el escritor que hay en mí quiere algo distinto: que quede registrado cada uno de sus movimientos, cada una de sus frases. ¿Cómo va a repercutir eso en mí? ¿Cómo va a repercutir en ella cuando comprenda que la estoy espionando?

No puedo saberlo. Me acuerdo de que en una ocasión un pintor conocido quería hacerme un retrato. Acepté halagado y contento, pero después de las dos primeras poses, descubrí que había dejado de ser yo mismo, y estaba representando a alguien distinto. La mirada del artista se había apoderado de mí y ahora me comportaba como un ciudadano respetuoso y servicial. Me bastaba con adivinar qué quería de mí para dárselo. Esa es la esencia de la pose. Verte a ti mismo como te ve el otro. Eso es exactamente lo que hacen los modelos de éxito. Saben por instinto qué quiere el fotógrafo y se lo dan.

No quiero obligar a mi madre a comportarse como modelo.

¿Cómo evitarlo?

¿Es posible evitarlo?

Y hay otro problema todavía. ¿Seré capaz de controlar al demonio del escritor que quiere arrebatarle el trabajo

de las manos? ¿Que quiere pasarse de listo, bromear, embellecer, o por el contrario, afear? ¿Que quiere hacer de la gallina un pavo o del pavo una gallina?

Poca gente tan incapaz como los escritores para describir la realidad. Por eso los buenos escritores son siempre malos periodistas. Eso no quiere decir que los buenos periodistas sean malos escritores.

¿Pero por qué estoy tan preocupado?

De pronto y sin previo aviso entiendo el porqué. Continuaré escribiendo sólo mientras mi madre viva. Cuando ella se vaya, ya no escribiré ni una línea. Eso creo.

De modo que la pregunta sigue ahí. ¿Cuánto me he alejado de sus faldas, no obstante haberme ido tan lejos?

Hubo una época en que tenía una buena amiga, ya no vive, que afirmaba que Dostoyevski había hecho de ella un ser humano, y Chéjov, una mujer. Algo así me gustaría decir a mí también. Mi padre hizo de mí un ser humano, y mi madre, un escritor. En el mundo de mi padre existía el trabajo, el deber, la perseverancia, el contener las lágrimas hasta que se hubieran terminado todas las sonrisas.

El mundo de mi madre era distinto. En él existían los lazos sentimentales y la preocupación, que es la consecuencia de estos. Existía lo inesperado, la vulnerabilidad y la necesidad de que finalmente todo fuera bien. Las lágrimas no eran lo contrario de las sonrisas, las unas presuponían las otras. En una breve consideración estadística, confirmo que mamá lloraba más cuando reía con el alma. Y lo que existía por encima de todo en su mundo era la memoria.

El futuro era la preocupación mayor de mi padre. Mamá prefiere volver a lo pasado.

De ella heredé el anhelo de narrar una historia. Ese anhelo que de alguna manera es el deseo de que todo vuelva a estar bien, de que todo ocupe el lugar que le corresponde, que adquiera sentido y contexto.

Todo esto puede decirse de manera más breve: para mi padre la vida era el mañana. Para mi madre, el ayer.

Su matrimonio era algo imposible de predecir. ¿Cuántas posibilidades tenía un muchacho nacido en 1890 en Trebissonda, a orillas del Mar Negro, en un barrio pobre situado afuera de la muralla, de casarse con una muchacha nacida en 1914, veinticuatro años después, en un poblado insignificante al sur del Peloponeso? Basta ver el mapa para entender de qué estoy hablando. Y, sin embargo, se casaron y vivieron juntos casi cincuenta y cinco años.

Todo esto pertenece a un pasado ya muy lejano, y es necesario que comience yo por el principio. Comienzo como hay que comenzar, por los muertos. Por mi padre.

Durante el tiempo que vivió, rara vez habló de su vida. Era un hombre introvertido, y el pasado era para él, como ya he dicho, un capítulo cerrado. Sin embargo, se acordaba de todo con una exactitud pasmosa.

Esto quedó comprobado cuando, a la edad de ochenta y dos años, escribió un texto sobre su vida, no para ser publicado, sino para mí. La primera frase lo dice claramente: «Mi adorado Thodorís quiere que escriba sobre el origen de nuestra familia, es decir, de la familia Kallifatides». De otra forma, no lo habría hecho.

Gracias a ese texto sé lo que sé de él y de su encuentro con mi madre.

Recientemente, o para ser más exacto, uno de los primeros días de primavera, en ese tiempo en que el corazón, por lo menos el mío, se llena de una tristeza inexplicable e incomprensible, me senté con su texto delante.

Había sido escrito para mí, sí, es cierto. ¿Pero tenía derecho a tenerlo sólo para mí, manteniéndolo oculto de los demás?

No, no tenía ese derecho. Era un testimonio de otros tiempos. No es un cuento, ni una novela, ni un ensayo. Es



sólo una vida y el bisabuelo de mis nietos.

Así, mientras espero en el aeropuerto de Copenhague el avión que me llevará a Atenas, saco papel y lápiz y comienzo a traducir al sueco el texto para ellos, mis nietos. Son todavía pequeños para pedírmelo, pero cuando lleguen a la edad en que puedan hacerlo, quizá yo ya no esté disponible.

## La historia de mi padre

El texto de mi padre comienza con un error en la fecha. Dice «Atenas, 22 de marzo de 1922», cuando se trata de 1972. En su mente, sin embargo, se imponía el aciago 1922, año en que su vida cambió, como la de la mayoría de los griegos del Ponto y de Asia Menor. A veces es como si recordáramos cosas distintas de las que recuerda nuestra memoria.

Comoquiera que sea, continúa así:

*Mi adorado Thodorís quiere que escriba sobre el origen de nuestra familia, es decir, de la familia Kallifatides.*

*Tengo ochenta y dos años en este momento y seguramente nadie me tomará a mal que escriba sólo aquello que recuerdo.*

*El jefe de nuestra familia, mi abuelo, se llamaba Yannis Kalafatides o Kalafátoglu o simplemente Kalafat. En Kallifatides lo convirtió un nieto suyo que se llamaba Lambos (Jarálambos). Kalafatides no le sonaba bien.*

*Parece que alguno de nuestros ancestros tenía que ver con el mar y con la reparación de los caiques, es decir, con el calafateo. (Calafatear quiere decir cerrar las juntas de las maderas de las naves con estopa y brea para que no entre el agua). Es muy probable que el apellido venga de algún constructor de barcos, ancestro del abuelo.*

*Mi abuelo era de una aldea del Ponto, en la comarca de Gémura de la Provincia de Trebisonda.*

*El pueblo se llamaba Mikrá Samáruksa y estaba a veinte kilómetros de Trebisonda hacia el oeste y a quince kilómetros de la playa más occidental del Mar Negro. Esa comarca se llamaba Gémura, tal vez por las gémuras, que brotan espontáneamente y que abundan aún hoy en esa región. Las gémuras son las fresas. Gémura era y es todavía hoy la patria de los avellanos y ahí se llevaba a cabo un cultivo copioso de dichos árboles, igual que ahora. Pero también de otros árboles frutales, manzanos, perales, cerezos, guindales, castaños, nogales y más abundan en ese lugar y algunos se dan sólo ahí y en ningún otro lado. Había un comercio importante de avellanas con el extranjero, igual que ahora.*

*En Gémura estaban los jardines de Eetes, rey de la Cólquide y padre de Medea, famosos desde la antigüedad. Colquis es hoy el nombre de una aldea ahí, donde hay una cantidad grande de ruinas.*

Aquí, pese a mis deseos, tuve que dejar el texto a un lado. Simplemente necesitaba recuperarme. Estas líneas sobre Medea y los jardines me maravillaron. Siempre es muy conmovedor encontrarte, cuando menos te lo esperas, frente a los recuerdos de la humanidad.

Hace algunas semanas, me puse a conversar en el gimnasio con un hombre de mediana edad. Era un piloto ya jubilado de la línea aérea militar de Siria. No supe por qué estaba varado en Suecia. Si era un héroe o un desertor, cosa que no descarta que fuese un héroe justamente por eso. En todo caso, él pensaba en los héroes. Hablábamos de la eficacia de diversos ejercicios y de pronto me señaló las barras paralelas. «Ese es el mejor ejercicio. Así se ejercitaba Aquiles», me dijo como refiriéndose a algún muchacho que acabara de irse del gimnasio.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Con una frase había dado un salto de más de dos mil ochocientos años. El gim-

nasio se dilató, se convirtió en un estadio bajo el cielo azul de un país distinto.

Lo pasado es lo único que tenemos.

Por eso me emocionan tanto las palabras de mi padre sobre Medea y el padre de esta. Cerré los ojos intentando imaginar a Medea, esa pequeña princesa de cabellos negro azabache, jugando sin preocupaciones en los bellos jardines. Todavía no había conocido a Jasón, oriundo de Volos, que fue para robar el Vello de Oro y de paso le robó el corazón, forzándola a cometer terribles crímenes, a matar a su hermano pequeño y, más tarde, a sus propios hijos.

¿Cómo les puedo explicar a mis nietos el hilo invisible que une a su bisabuelo con el mundo de Jasón, si no saben quién fue Medea ni quién fue Jasón, qué era el Vello de Oro y quiénes los argonautas?

Es mi deber enseñárselo. Eso es lo que por encima de todo les quiero dejar: el aroma de una vida, ese aroma que, pese a no ser un olor cortante, corta el tiempo como el cuchillo la manzana madura.

Desde donde estaba sentado en el aeropuerto de Copenhague esperando mi vuelo a Atenas, eché una mirada alrededor. A algunas de las personas que viajarían conmigo las conocía. Hombres y mujeres que, como yo, envejecían en un país ajeno y emprendían, una vez más, el viaje a Grecia con la esperanza de encontrar... ¿qué?

Año tras año volaban de ida y vuelta, incapaces de permanecer en el presente o de regresar al pasado. Yo era uno de ellos.

Me vi obligado a pedir una cerveza al arisco camarero danés, antes de ponerme a darle una toda conferencia sobre Medea. A fin de cuentas, se puede vivir la vida sin saber quién es Medea, dicen algunos, pero eso es algo que yo no acepto.

¿Cómo puede alguien vivir una vida verdadera si no tiene detrás de sí la sombra de la humanidad?

—¿Se puede vivir sin saber quién fue Medea y quién fue Jasón? —le pregunto al camarero cuando me trae la cerveza.

No se asombra. No me mira como si fuera yo un loco. ¡Lo que no habrá oído!

—No sé. Pero un sándwich siempre ayuda —me responde, finalmente.

Eso mismo podría haber dicho mi madre. Pero ahora era momento de volver a mi padre:

*Aquí viven sobre todo lazes, y de ellos tomaron su nombre todos los pueblos que habitan al oeste de Trebisonda, en la zona del litoral que va hasta la frontera con Rusia. Los lazes no son de origen turco. Es una tribu de las muchas que emigraron del interior del Ponto a la costa.*

*De los lazes habla también Jenofonte, como jefe de la Expedición de los Diez Mil, que guio a lo que había quedado de los ejércitos espartanos y griegos que participaron en la campaña militar de Ciro contra su hermano Artajerjes, rey de Persia, en Grecia, su patria.*

*Los lazes son un pueblo altivo y belicoso y rebelde. Se ocupan sobre todo del mar, y rara vez del cultivo de la tierra.*

*En la antigüedad también muchos griegos se asentaron en este litoral del Ponto por la abundante y magnífica obtención de productos agrícolas. Existe todavía hoy, al oeste de Trebisonda, una comunidad de antiguos colonos griegos, la Atenas del Ponto, que en turco se llama Atina. Es un poblado habitado por barqueros lazes que se dedican a la pesca y al transporte entre las aldeas y los caseríos de la costa. Aquí, y en todo este litoral del Ponto, la pesca del boquerón (jampsía, en el dialecto local) es de una abundancia increíble. Se pone en salazón en recipientes y se envía al mercado. Son las celebérrimas anchoas.*

Los antiguos colonos griegos se dedicaban al comercio de los famosos productos agrícolas y frutos del Ponto con la Grecia continental. Eran tan solicitados los productos de esa región del Ponto, que los comerciantes anunciaban como «póntico» cualquier producto que fuera bueno, aunque no viniera del Ponto.

Por ejemplo, decían: manzanas del Ponto, nueces del Ponto, raíces pónticas, castor (piel) del Ponto, nave póntica. Fue por la abundancia de productos en esta región que se llevó a cabo la Expedición de los Argonautas. El Vellochino de Oro.

De eso habla Herodoto, el más grande historiador de la antigüedad.

A mi abuelo no lo conocí. Había muerto cuando yo vine al mundo. Tampoco conocí a mi abuela, que se llamaba Vasilikí. Tuvieron cinco hijos. Iordanis, Konstantín, Pantazís, Gueorguis, Dimitrios, y una hija, Sofía.

De los hijos de mi abuelo, Iordanis, Pantazís y Dimitrios emigraron, en 1888, al Cáucaso ruso. Iordanis a Novorosisk, y Pantazís y Dimitrios a Sujumi, y nunca volvieron a su patria en el Ponto. Pero sabíamos, teníamos noticias de que se dedicaban a la agricultura. El Gobierno del zar les dio terrenos forestales para que los cultivaran. Los emigrantes del Ponto, con grandes esfuerzos, lograron convertir dichos terrenos forestales en tierras cultivables. Cultivaban cereales, sobre todo maíz, y tabaco.

Introdujeron la ganadería, principalmente de animales grandes: vacas, bueyes, caballos y la avicultura casera. Con los bueyes y el arado, y con los caballos, se encargaban del transporte y llevaban sus productos en unas carretillas improvisadas que ellos hacían con delgados troncos de árboles. Con ese tipo de troncos construían también sus casas, que techaban con cañas y enlucían con arcilla. Sembraron vides para su vino. De ese modo, los emigrantes del Ponto llegaron a tener grandes patrimonios que explotaban, pero carecían del derecho de venderlos para volver a su patria.

*Ahí permanecieron hasta que se dio el comunismo en 1917 y el Imperio ruso de los zares se vino abajo. Aquellos emigrantes que aceptaron la ideología del comunismo se nacionalizaron rusos y se quedaron allí. No volvieron a su país. Todos los demás, que la rechazaron, aceptaron la propuesta de regresar. Prefirieron perder las fortunas que con tanto esfuerzo habían amasado. Muchos de ellos llegaron a Grecia como refugiados.*

*De los hermanos Kallifatides, sólo los descendientes de Iordanis Kallifatides buscaron refugio en Grecia.*

Dejé de nuevo el cuaderno de mi padre a un lado y el arisco camarero danés me miró inquieto. ¿Qué le iría a preguntar ahora? No le iba a preguntar nada. Simplemente quería digerir el hecho de que en Rusia podría tener parientes. En una ocasión me dijo un colega finlandés que había visto mi apellido o, en todo caso, algo que le recordaba mi apellido en un libro de Solzhenitsyn, no se acordaba en cuál exactamente. No hice ningún intento de verificarlo. Es bueno Solzhenitsyn, pero yo ya no leo libros de seiscientas páginas o más. Y así, nunca supe si aquello era verdad o no.

Volví a mi padre:

*De los seis hijos de mi abuelo, sólo dos se quedaron toda la vida en su pueblo, Samáruksa. Ahí murieron, ahí fueron sepultados y ahí reposan sus huesos, en el cementerio de San Jorge, de la iglesia de nuestro pueblo. Sin candil y sin incienso, a la buena voluntad de nuestros paisanos turcos.*

*Sólo esos dos, mi tío Konstantís y mi padre Yorguis o Yoríkas (como se llamaban en dialecto póntico los Yorgos) se quedaron en Samáruksa y tuvieron descendencia. Se dedicaban a la agricultura, a la plantación de árboles y a la*